

# 4

A la sombra del Carcaj: El mito indigenista en  
México

Enrique Sada

**RESUMEN:**

Desde el siglo XIX hasta la era posrevolucionaria, abrevando en la hispanofobia de la *leyenda negra* del siglo XVI y reforzado por la oligarquía a través del muralismo y la educación pública, el mito indigenista ha sido impuesto hasta la fecha como la única raíz de la mexicanidad, negando su vertiente hispánica desde el discurso y manteniendo al indígena excluido del acontecer político nacional.

**Palabras clave:** indigenismo, *leyenda negra*, intervencionismo, imposición, políticos mexicanos.

**ABSTRACT:**

From the XIX century to the post revolutionary period, dwelling in the hispanophobia from the XVI century's *Black legend* and reinforced by the establishment thru mural art and public education, the indigenist myth has been imposed to this day as the only root of mexicanism, denying its spanish root from political speech as well as keeping the indian excluded from national and political affairs.

**Key words:** indigenism, *black legend*, interventionism, imposition, mexican politicians

**SOBRE EL AUTOR:**

Miembro del Colegio de Investigaciones Históricas de la Laguna.

*“Golpeábamos, en tanto,  
los muros de adobe,  
y era nuestra herencia  
una red de agujeros”.*

**Anónimo tenochca, s. XVI**



Alegoría indigenista de la Patria Independiente, con carcaj y penacho, flanqueada por Hidalgo e Iturbide.

La mañana del miércoles 11 de agosto de 2010, la antigua ciudad de Medellín amaneció sorprendida e indignada. Ante el azoro de sus habitantes, se supo desde primera hora, por parte de vecinos y autoridades, que la antigua estatua del conquistador Hernán Cortés había sido vandalizada con pintura roja. Los perpetradores de este atentado lo justificaron anónimamente como un acto de revanchismo, por considerar el monumento como “la glorificación cruel y arrogante del genocidio y un insulto al pueblo de México”. La inquina de los responsables de este acto, no conformes con atentar contra un monumento patrimonial, pasó también de lo histórico-mítico hasta llegar a los terrenos de lo político-ideológico, al referirse a la representación de dicha estatua como “fascista”, pese a haber sido montada en el siglo XIX. En contraparte, y en representación del

sentir de los ciudadanos de Medellín, la respuesta por parte del alcalde de la ciudad, revirando contra los vándalos anónimos, tampoco se hizo esperar: “Cada uno se define con sus actos. Ellos se han colgado la etiqueta de la tiranía y de caciques por su falta de respeto”<sup>1</sup>.

El colmo del absurdo queda circunscrito más aún por el sitio de los hechos, pues no sucedió esto ni en la homónima ciudad colombiana, ni siquiera en la ciudad de México, otrora Tenochtitlán, sino en Badajoz, España; ciudad cuna del célebre personaje. Quienes esto realizaron ignoran varias cosas para empezar: que la llamada Conquista del imperio azteca fue hecha, más que por un puñado de españoles, por miles de indígenas procedentes de todas las tribus o etnias que eran tiranizadas y asoladas por los mexicas; que fue nada menos que el mismo Hernán Cortés quien se constituyó en el protector de los indígenas contra cualquier tentativa de barbarie por parte de los españoles, tras elaborar las primeras *Leyes de Indias* del Nuevo Mundo, siendo Capitán General de México; y, por último, que el cacicazgo de la tribu azteca (de odiosa memoria para todas las demás etnias que se hallaban diseminadas a lo largo y ancho del territorio que a la postre sería la Nueva España) sólo ocupaba la meseta central del valle de México, por lo que nunca fue ni puede ser por sí sola representativa de la mexicanidad, ni mucho menos de un concepto de país, que nacería después de varios siglos de forja hasta 1821 y que se debe al producto del mestizaje.

Sin embargo, lo sucedido en España sólo es eco de una falsa premisa que, como tal, aún prevalece vigente en el colectivo imaginario de la mentalidad de algunos ciudadanos de varias naciones latinoamericanas. Y lo anterior se explica, nada más y nada menos, que como el resultado de un producto de consumo político-ideológico (nunca histórico-académico) implementado en su momento por las clases gobernantes de dichos países a partir del siglo XIX: *el mito indigenista*.

El indigenismo hoy en día puede parecer como uno de los movimientos político-culturales más enriquecedores y, a la vez, contradictorios, pero sin duda, o al menos en su primera instancia, como fruto eminente del pensamiento hispanoamericano, mismo que, como tal, engloba y entrelaza ambos extremos del Atlántico. Su premisa básica consiste en la revaloración de una de las raíces

---

<sup>1</sup> CARVAJAL, Á., jueves 12 de agosto de 2010.

fundamentales del hombre en América Latina, la raíz precolombina, sin menoscabo de esa otra vertiente que es la herencia peninsular. Así mismo, se ponderan y se asimilan los ingredientes propios de esta raíz en la construcción del ser, tanto como su influencia y huella palpable en las ciencias, las artes y hasta en el quehacer político de los Estados-nación, formados tras las guerras de independencia que sacudieron al antiguo régimen en los virreinos del imperio español. Y, por último, lo más importante: el rescate del indígena del oprobio y el olvido, incorporándolo armónicamente al resto de la familia latinoamericana como elemento fundamental dentro del acontecer político, la administración pública y el desarrollo económico de cada país.

Sin embargo, no es su vertiente constructora e incluyente la que da pie al presente trabajo, sino precisamente su lado oscuro mitificado, artificial y excluyente; esto es, su instauración *desde el poder*, no como un intento de reivindicación de una clase oprimida, sino como herramienta de legitimización e ideologización, por parte de las clases dirigentes o de los regímenes políticos de turno, a través de la adulteración de la verdad histórica y la polarización de los ciudadanos, como viene a ser, hasta la fecha, el caso mexicano.

## **Sobre la invención de América**

La invención de un discurso que apelara a un pasado remoto o preexistente como nueva fuente de legitimidad para los fundadores y primeros gobernantes de las naciones hispanoamericanas, tras las guerras de independencia a lo largo y ancho del Nuevo Mundo, viene a ser sólo el reverso a la otra cara de la moneda que Edmundo O' Gorman enunciara en *La invención de América*.

En efecto, podemos hablar de dos Américas; una real y otra imaginada, como dos caras de una misma moneda. Dicha postura ontológica sostiene que el ente histórico-geográfico, este *Nuevo Mundo*, no cobró existencia en el ámbito de la cultura de Occidente como resultado de un verdadero “descubrimiento”, que nos hubiere revelado su verdadera naturaleza como algo propio y preexistente, esto es, como algo general y definido, mucho antes de la llamada Conquista. Por lo tanto, el surgimiento a la luz pública de este Nuevo Mundo al conocimiento de Occidente no fue sino el resultado de un proceso inventivo, gestado desde el mismo seno de

la arcaica y cerrada concepción tripartita del mundo geográfico-histórico, proceso que culminó en la ideación de las nuevas tierras como “cuarta parte” del mundo y que, al poner en crisis de fundamentos aquella antigua manera de entenderlo, la sustituyó, a su vez, por una concepción abierta, que ocupó por completo todo lo conocido en aquel entonces.

Y esta forma de concebir el primer viaje transoceánico en 1492 no es sino una interpretación del mismo, fundada en conocimientos adquiridos con posterioridad a él. Cristóbal Colón estaba persuadido de haber alcanzado las costas del Lejano Oriente y, por tanto, implica paralogismo atribuirle la comisión de un acto del que jamás tuvo la menor idea, como constituye en sí el simple hecho de denominarle descubridor de algo preexistente, desconocido y ajeno a su conocimiento pleno hasta su muerte. En este mismo sentido, pero en el otro extremo también, nos encontramos con que la concepción del hombre nativo, del habitante natural de este hemisferio, también conlleva desde un inicio el error de ser considerado “indio”, término híbrido que a la postre, y tras la muy vasta generalización hecha por los hombres de ciencia en Europa, habrá de apartarse de aquel malentendido gentilicio para terminar correspondiendo al hecho de ser originario o *nativo americano*:

Por lo que toca a la constitución del ser moral de América, es decir, en cuanto fueron concebidas las nuevas tierras como *Nuevo Mundo*, la primera circunstancia que se impuso fue la existencia del mundo indígena que, por su alto desarrollo cultural en algunas regiones, no podía ser ignorada como dato esencial del problema. La respuesta consistió en reconocer esa realidad antropológica pero únicamente dentro de la esfera del acontecer natural, es decir, descontada su significación histórica sui géneris, por estimarse carente de sentido “verdadero” respecto al acontecer histórico universal -el propio al *Viejo Mundo*- y sólo plenariamente encarnado en la cultura cristiana europea. Se trataba pues del hombre en estado de naturaleza y de unas sociedades naturales que iban desde la barbarie hasta la civilización, pero fuera de la órbita de la historia propiamente dicha<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> O’ GORMAN, E., 2002, 16.

Desde entonces, el indígena fue clasificado *ad perpetuam* como una realidad histórica en ciernes; esto es, como un ser inacabado que debería de actualizarse al ritmo de los tiempos a través de la incorporación del mismo a la cultura europea. Y una vez hecha a un lado desde el primer contacto, desde su inicio, la singularidad propiamente autóctona del continente, quedó éste comprendido y anexado bajo la exclusiva óptica de Occidente, desde el ámbito de la cultura y asimilándose también, con mayor o menor éxito, al universo de la fe cristiana.

Y este Nuevo Mundo quedó acaso cerrado en una buena parte al despliegue suficiente de su ser, conformándose con pasar a convertirse más que en una incorporación o descubrimiento en general a ser apéndice, o acaso una nueva oportunidad de reensayar y repetir a la Vieja Europa en tierra ajena. De aquí que el trasplante de la civilización europea viene a darnos cuenta de la creación y el ser de otras dos realidades tan dispares y distintas como el día de la noche: dos Américas; una latina y la otra, sajona.

Como bien mencionara Philip Powell, célebre autor de *La guerra chichimeca*, la España del siglo XVI produjo una serie impresionante de figuras heroicas. Asimismo, el descubrimiento de América también daría lugar a una serie de acontecimientos tan heroicos como controversiales, dado que la Conquista en sí, por su magnitud y sus alcances, según refiere José Vasconcelos, fue una epopeya. Este simple evento, a su vez, generó el primer gran debate abierto que perdura quizá hasta nuestros días, y que no es otro que el que se refiere al enorme peso moral del hombre blanco respecto a la suerte de los miles de indígenas recién descubiertos. Aquí fue donde se elevó al rango de discusión la situación y el ser de los habitantes de la América autóctona en tanto a su condición humana, generando serias disertaciones en torno al reconocimiento de su igualdad y sus derechos, ya como supuestos vasallos propios del Imperio Español o como vasallos de nación sometida. En ambos lados del espectro se colocaron dos hombres que argumentaron posiciones encontradas al respecto: el célebre fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas y acérrimo defensor de los naturales contra cualquier tentativa española, y, por el otro, Ginés de Sepúlveda, quien se oponía a cualquier reconocimiento de igualdad, derecho o garantía para estos. El hecho de que dicho debate se haya llevado a cabo bajo los auspicios e iniciativa propia de la Corona, con autocrítica por parte de la misma, así como el resultado final de una legislación

tutelar a favor de los indios, merece ser reconocido, aún en nuestros días, como una de las más grandes glorias de la historia española, en cuanto a su esfuerzo progresista y humanitario por su autorización e insistencia en que la justicia presidiera todos los actos de sus hombres en el Nuevo Mundo, como reconoce el propio Powell<sup>3</sup>.

De las Casas publicó sus tesis y obras en Sevilla, entre 1552 y 1553, teniendo como efecto el que la esclavitud india fuera proscrita en la legislación española, junto a severas leyes de protección a los naturales. Desde entonces, De las Casas quedó consagrado a la posteridad como un héroe de la escuela del “buen salvaje” hasta entrado el siglo XVIII, sin que entrara a juicio la veracidad de sus argumentos. Sin embargo, en el plano histórico, los escritos del fraile, en donde denunciaba las supuestas iniquidades de los españoles, fueron tan deformados, desmedidos y absurdos al grado de estigmatizar a estos últimos como seres crueles a posteridad. Aunque el fervor propagandístico y las deformaciones históricas son más que evidentes en todos los escritos de De las Casas, su fanatismo colérico e intransigente alcanza su altura máxima en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, obra en donde reitera hasta el hartazgo una versión caricaturesca de los conquistadores peninsulares, “ruines y depravados”, en contra del “buen salvaje”. De este panfleto, refutado por sus contemporáneos peninsulares como Motolinía, es de donde emana la falsa estadística mítica que arroja la cifra de veinte millones de indios muertos por los españoles, cifra que aún en nuestros días sigue tomada de manera tan ligera como verídica por muchos. Contrastando la verdad histórica con el mito y la calumnia panfletaria, sin negar posibilidad al mérito humanitario de su cruzada personal, no se puede pasar por alto que al estigmatizar a sus coetáneos con falsedad, intransigencia e insultos, el fraile en cuestión evidencia un absoluto desprecio por las perspectivas históricas y falta de objetividad, requisitos esenciales de un buen historiador<sup>4</sup>.

Dado que holandeses, ingleses y franceses no fueron dados a la autocrítica en estas cuestiones en su momento, eludieron fácilmente la condena histórica respecto a sus propias iniquidades cometidas contra los naturales durante este

---

<sup>3</sup> POWELL, P. W., 1991, 43.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 51.

período<sup>5</sup>. Sin embargo, ello no les evitó tomar como verdad incuestionable la obra panfletaria de De las Casas para utilizarla en provecho político propio, como un arma en contra del Imperio Español, y, muy en lo particular, difundiéndola ampliamente en vísperas de las guerras por la independencia de la América Española en el siglo XIX.

## El primer indigenismo y la “leyenda negra” en México

Irónicamente, aunada al más exacerbado anticlericalismo, la *desespañolización* en Hispanoamérica llegó a convertirse pronto en un credo popular, hasta el grado de ser considerada como la salvación a todos los problemas habidos y por haber hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Y de la mano de esta creencia se empezó a desarrollar también la corriente que hoy en día, con diferentes matices y ropajes, conocemos propiamente como “indigenista” en México. Por intentar definirlo en pocas palabras, dicho indigenismo bien puede considerarse como el culto único y exacerbado a todo lo nativo-americano, a costa de la herencia española, con frecuente menosprecio a esta última raíz, bajo la impostura de creer, como un acto de fe, que la única identidad posible o que la esencia de la nacionalidad se encuentra solamente en un mítico e inexistente pasado precolombino idealizado.

No extrañe el que la primera paternidad del indigenismo y su discurso político en el México independiente corresponderán sin duda a la labor y obra de dos individuos, dos criollos que, como maestro y discípulo (casi como padre e hijo), propagaron esta idea a través de sus obras y escritos enconomiásticos: el excéntrico religioso fray Servando Teresa Mier y el azaroso periodista Carlos María de Bustamante. En el primer caso, Mier y Noriega, en sus exabruptos autoritarios y despóticos, se pretendía no sólo miembro de la nobleza criolla de la Nueva España, con la cual estaba emparentado por lazos familiares, sino que se asumía incluso como descendiente de los Moctezuma por sangre, refiriéndose a todo el extenso

---

<sup>5</sup> En efecto, como refiere Josefina Oliva de Coll: “Si todos los países colonialistas hubieran tenido un Las Casas, ninguno se hubiera librado de su leyenda propia: ni Portugal, ni Francia, que en la Louisiana marcaba a los esclavos con la estilizada flor de lis; ni Inglaterra, ni por supuesto Holanda, con los horrores perpetrados en las Indias Orientales”. BECEIRO, J. L., 1998, 28-29.

territorio del virreinato como “El Anáhuac”, que era el nombre antiguo con el que se conocía a una región comprendida dentro del valle de México<sup>6</sup>. Al referir en sus libros el estallido de la primera revuelta de 1810, así como la represión militar de la misma, equiparaba las matanzas de Pedro de Alvarado en 1521 con la muerte de los primeros insurgentes; o la elevación del general Félix María Calleja como virrey al de la administración del Duque de Alba sobre los Países Bajos. Insistía también en que el recuento de los partes oficiales españoles contra la primera insurgencia no era otra cosa sino la continuación o segunda parte de las supuestas atrocidades relatadas en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, a lo que remataba en beneficio propio y de facción: “Tampoco faltarán ahora nuevos Casas que revelen sus crímenes y los entreguen de nuevo a la execración del universo”<sup>7</sup>.

Por su parte, Bustamante iba tan lejos como su mentor, al grado de equiparar a los cabecillas criollos Hidalgo y Morelos, quienes lideraron dos insurrecciones fallidas entre 1810 y 1814, como los sucesores directos de los caciques Moctezuma y Cuauhtémoc, también muertos por el despotismo español:

“¡Genios de Moctezuma, de Cacamatzín, de Cuauhtimotzín, de Xicoténcatl... celebrad como celebrasteis el mitote en que fuisteis acometidos por la pérfida espada de Alvarado, este dichoso instante en que vuestros hijos se han reunido para vengar nuestros desafueros y ultrajes, y librarse de las garras de la tiranía y fanatismo que los iba a sorber para siempre!”<sup>8</sup>

En ambos casos encontramos la versión politizada de un discurso extremista que supone la preexistencia de una mítica identidad nacional indígena que fuera acaso descontinuada tras una oprobiosa conquista española, acorde con los postulados de la “leyenda negra”. Sin embargo, también se percibe el dilema del criollo ambicioso e ideologizado que se identifica a su propia conveniencia con el pasado indígena, no por restaurar los agravios de este último, sino por un odio visceral al mundo peninsular de quien recela, pero sin renunciar a todos los derechos

<sup>6</sup> MIER y Noriega, fray S., 1821, 1.

<sup>7</sup> MIER y Noriega, fray S., 1822, 29.

<sup>8</sup> VILLORO, L., 1977, 141-153.

prácticos ni a las prerrogativas de su herencia española, como refiriera Lucas Alamán<sup>9</sup>.

El hecho de que las guerras por nuestra independencia sean enseñadas en las aulas todavía bajo la falsa dicotomía de luchas entre “héroes” y “villanos” obedece en gran medida a la “leyenda negra”, y al uso que de ella hicieron los primeros ideólogos de las naciones independientes a partir de los panfletos de De las Casas, con todos sus epítetos de crueldad, oscurantismo y tiranía en cada paso.

De este mismo modo, vemos también cómo se empezó a instrumentar un liberalismo mal entendido que, sólo desde el punto de vista ideológico, pretendió hacer sinónimo de maldad y atraso términos como “monarquía” y “antiguo régimen”, convirtiendo en esencia de su credo político tanto un rechazo como la negación de la antigua herencia peninsular en las nuevas naciones independientes. Y este sentir lo explica Jorge Volpi, en *El insomnio de Bolívar*, de la siguiente manera:

“Los criollos tenían sus derechos políticos severamente limitados y apenas podían aspirar a posiciones de poder. Contagiados por las ideas libertarias derivadas de la Ilustración y de las revoluciones francesa y estadounidense, fueron estos europeos de segunda clase quienes desde fines del siglo XVIII conspiraron para liberar a las colonias del “yugo español”...Una segunda idea, surgida de los más profundos abismos europeos, infectó a las nuevas élites americanas a partir de entonces: el nacionalismo. De pronto el objetivo de los nuevos gobiernos no sólo era construir una identidad propia a partir del contraste con España, sino de la implacable diferenciación entre uno y otro”<sup>10</sup>.

Para los líderes insurgentes, poco importaba la nula veracidad de la “leyenda negra” antiespañola, con su espíritu matricida y contrario a todos los principios de su propia herencia cultural, o la denigración en vida de parientes o antepasados, hecho que durante las primeras décadas como Estado-nación llevaría a la debacle

---

<sup>9</sup> BRADING, D.A., 1973, 121.

<sup>10</sup> VOLPI, J., 2009, 78-79.

económica, política-institucional y social, como podemos anticipar en el siguiente caso: durante el verano de 1823, el antiguo insurgente criollo Guadalupe Victoria, designado comandante de la provincia de Veracruz, fue alentado por Simón Chávez, un ex fraile cubano con ideas jacobinas, para fundar una masonería bajo la advocación de “*Gran legión del águila negra*”. El desconcertante ideario de dicha logia, para un México independiente y mestizo, era evidente tan sólo con saber el contenido de la clave utilizada por sus miembros (iniciales separadas por tres puntos) para identificarse: D G N P P Q N N P V R N S A R E C P L D L P S L P S L Y V, cuyo significado, palabras más o menos, era el siguiente: “*Degüello general; ningún europeo ni persona blanca que no nos pertenezca, viva. Religión natural se adopta. Ridiculizar al clero por los diezmos, hasta desmoralizar a los pueblos y destruir la teología católica. Los indios vivan*”<sup>11</sup>. Esta ocurrencia habría pasado desapercibida de no haber sido electo Victoria como primer presidente de la república federal por parte de la élite gobernante, y de no haberse prestado este personaje (al igual que buena parte de esa élite) a ser instrumento del intervencionismo angloamericano durante el incipiente proceso de consolidación del país, a través de otro personaje de nefanda memoria para México y América del Sur: el diplomático esclavista Joel Roberts Poinsett<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> AYALA Angiano, A., 2003, 45.

<sup>12</sup> Poinsett, como “agente especial” del gobierno estadounidense, hizo su debut intervencionista en Argentina y Chile, al grado de intervenir en la creación del primer escudo chileno (donde es evidente su primer despliegue indigenista), en la Constitución de 1812 y alentando la persecución religiosa hasta que fue expulsado por los patriotas sudamericanos.



El primer procónsul: Joel Roberts Poinsett, agente extraordinario y primer embajador estadounidense en México; rigió la política mexicana durante la primera década independiente. *Derecha*, primer escudo chileno indigenista, diseñado por Poinsett en 1812.

Vasconcelos describe este y otro episodio interrelacionado, advirtiendo las intenciones políticas del norteamericano en cuestión, desde un principio:

En sus discursos hablaba Poinsett de la igualdad de las instituciones norteamericanas y México. En la crónica que da el periódico *El Águila Mexicana*, de la primera recepción de Poinsett, se cuenta: *'llamó poderosamente la atención que en la primera fiesta de la Embajada de Norteamérica, el Ministro Poinsett había hecho colocar en uno de los extremos del salón el retrato de Moctezuma; en el otro una alegoría de la América'*. Obsérvese la precisión con que se desarrollaba el programa del nuevo imperialismo. Apoyo al federalismo que aumentaba la dispersión de provincias ya de por sí mal comunicadas. La separación de Guatemala y demás países centroamericanos sería la primera consecuencia del federalismo, el primer triunfo del programa Poinsett. En seguida, el homenaje a Moctezuma ocultaba el propósito de borrar el recuerdo del gran pasado español, a favor de un cacique indio desventurado. Contra el México grande de Cortés y los virreyes, Poinsett erguía el México de Moctezuma, que abarcaba apenas el altiplano del Anáhuac<sup>13</sup>.

<sup>13</sup>VASCONCELOS, J., 1956, 298.

## *De varia invención: revolución e indigenismo*



José Vasconcelos y Manuel Gamio pugnaron por la integración armónica del indígena en México y contra el indigenismo etnólatra y excluyente smithsoniano.

Como hemos visto, dicho fervor identitario y excluyente al que nos referimos tuvo su origen en los inicios del siglo XIX. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, visto todavía como un “bárbaro” bajo la lupa positivista de Comte y Spencer, el indígena fue un tema recurrente por su exotismo, mas nunca llegó a constituirse de manera específica en un parteaguas generador de polémica o como sujeto clave de nuestro pensamiento. Y no será sino hasta la primera mitad del siglo XX cuando este antiguo movimiento vuelve a cobrar vida, una vez que se asoció ideológicamente a otro nuevo movimiento mundial de ideas, que alcanzó su madurez a partir de tres grandes acontecimientos: la Revolución Mexicana como primer gran conmoción social del siglo, la Revolución Rusa y el estallido de la Primera Guerra Mundial. Estas convulsiones políticas generaron un impacto suficientemente grande en buena parte de la llamada intelectualidad latinoamericana para motivar que una nueva generación sintiera la necesidad, o al menos contara con el pretexto, de tener que instalarse en el escenario esgrimiendo un nuevo paradigma.

No es sino en el marco de la Revolución Mexicana cuando volverá a resonar en un principio el espíritu indigenista como una parte integral y enriquecedora de

la cultura nacional, nunca de manera sectaria ni excluyente, por parte de hombres como José Vasconcelos, Manuel Gamio, Manuel Molina Enríquez y Alfonso Reyes. A partir de entonces, surge una perspectiva que destacará lo mestizo y lo no blanco, aunque claramente más indigenista, en las páginas de *Forjando patria*, de Gamio. En dicha obra, el autor y antropólogo llega a plantear una solución radical ante la desigualdad social y la atomización de una identidad nacional propia: la *indianización* del no indígena, para así retransmitirle al indígena ciertos trazos culturales que este último necesita. Sin embargo, aún dentro de este mismo orden, se destaca la igualdad de nivel de los elementos artísticos, sin pasar por alto la inferioridad de la ciencia autóctona respecto a la de la civilización europea. Es en este sentido como se entiende que debe realizarse un nuevo mestizaje de culturas que, procurando el mejoramiento económico del indígena, contribuirá a la fusión étnica de la población, de donde habrá de surgir una verdadera noción de patria mexicana.

Para Gamio, la transición del Virreinato hasta la República restaurada significó una degradación del indígena, de su entorno y su calidad de vida. Tras la imposición de la Constitución de 1857 y del régimen llamado “liberal”, la situación empeoró mucho más, debido a las expropiaciones que estos padecieron producto de la pérdida de escuelas, hospitales, orfanatos, cementerios e instituciones de asistencia social que, al serle confiscadas a la Iglesia, terminaron rematadas ante compradores extranjeros, dejando por igual en la calle tanto a indios como a menesterosos. Irónicamente, el único período efímero en donde el indígena volvió a figurar como objeto de reparación de agravios, así como candidato a restitución o distribución de tierras, fue cuando los conservadores mexicanos tuvieron a la cabeza a un príncipe austríaco, liberal e indigenista, como segundo emperador de México: Maximiliano I de Habsburgo.

Así, desde 1922, nuestro célebre antropólogo sostiene que es curiosa, atractiva y original esa vida arcaica que se desliza entre artificios, espejismos y supersticiones; mas en todos sentidos sería preferible para los habitantes estar incorporados a la civilización contemporánea de avanzadas ideas morales que, aun cuando desprovista del encanto de la fantasía y del sugestivo ropaje tradicional, contribuye a conquistar de manera positiva el bienestar material e intelectual a que aspira sin cesar la humanidad.

Sin embargo, cabe señalar que esta propuesta eminentemente revolucionaria de Gamio no fue una inquietud aislada ni fue la única en su momento: se corresponde también en tiempo y en espacio con la manifestación espontánea de otros tantos modelos desarrollados a partir de lo que en teoría, y de acuerdo con cada latitud, se supone debe identificarse como el simple hecho del “ser indígena” en la América contemporánea. Uno de los precursores de este indigenismo reivindicador y naciente será el peruano José Carlos Mariátegui. Ubicándose posteriormente dentro de la corriente del indigenismo agrarista mexicano, así como en la de Gabriela Mistral, Mariátegui insistirá desde su país, tras una larga estancia en Europa, en una idea: “peruanizar al Perú”. Esta consigna la resume aludiendo a que la esencia y el ser de la nación peruana no se encuentran en Lima ni en las costas del país, donde se concentra la mayor densidad histórico-demográfica, sino en las altas sierras, en las cumbres inaccesibles de los Andes, donde ubica a los legítimos descendientes directos del Imperio inca.

Por su parte, también aparece en escena el boliviano Gustavo Navarro, quien sostiene que América Latina nunca alcanzaría su plenitud de vida, ni saldría de su postración, si no se convertía al comunismo como nuevo y único dogma de fe. Apelaba también a la reinstauración del antiguo sistema imperial incaico, por ver en su autoritarismo un reflejo del marxismo más recalcitrante, llegando al paroxismo de decir que, una vez impuesto el antiguo sistema de los Andes, “la América de los incas se levantará en una nube de ternura y civilización”<sup>14</sup>.

De aquí que, a partir de este momento, al indigenismo se le asocie también con el marxismo. Y es que en esta época pareciera que el indigenismo se resuelve en el socialismo, aunque en un sentido mucho más concreto, respecto a cuestiones como el reparto agrario y respecto a la necesidad absoluta de una tutela superior por parte del Estado, en cuanto a la explotación de recursos, producción de bienes, destrucción de los monopolios particulares, así como del latifundismo; todos y cada uno de estos reclamos populares como muestras concretas de justicia social.

Como podemos ver, las muy distintas visiones y vertientes de los diversos indigenistas de una misma época pueden ser tan variablemente opuestas como numerosos son sus autores. Sin embargo, podemos enumerar algunos elementos

---

<sup>14</sup> FRANCOVICH, G., 1956, 67.

comunes como puente que zanje sus diferencias: la incorporación o el rechazo a los modelos extranjeros, la asociación del factor progreso como detonante de una mejor calidad de vida, la intervención constante del Estado como órgano rector y la carga de culpabilidad o responsabilidad por parte del burgués no indígena respecto al indígena en general.

Contrario a todos los pronósticos y políticas fallidas, el indigenismo no se agotará en la década de los treinta. De aquí que este acercamiento artificial y tendencioso hacia el etnicismo desde el pragmatismo político-nacionalista se explique mejor en función de un intento “modernizador”, por parte de la oligarquía gobernante, para legitimarse con el retorno a un supuesto pasado comunal con todo y su bagaje de nuevos valores. Y esta nueva perspectiva marcará su impronta también en el pensamiento durante los años cuarenta.

## Forja e imposición: el indigenismo posrevolucionario



En el nuevo panteón de los héroes, el oficialismo “indigenista” exaltaría la figura de Cuauhtémoc y Moctezuma, junto a las de Obregón y Calles. *Inauguración de una escuela, ca. 1930. Derecha, el embajador norteamericano Dwight Morrow, cerebro rector de la política y la cultura mexicana entre los años veinte y treinta.*

En realidad, este doble retorno a un pasado, y a la cultura indígena en lo particular, se consideró caso cerrado en 1821<sup>15</sup> (tras la proclamación del *Plan de Iguala*, con sus Tres Garantías y la Independencia del Imperio Mexicano) y no sería resucitado sino hasta el año de 1910, tras el estallido de la Revolución Mexicana, cuya violencia y desorden volverían a poner sobre la mesa la cuestión de la identidad nacional. Cuando en 1920 Álvaro Obregón asume el poder, designó al filósofo revolucionario José Vasconcelos como su ministro de Educación. Este último inauguró una nueva era cultural en el país, a través de su influencia reformista, que pronto hará resonancia en toda América Latina. Con su teoría del

<sup>15</sup> El *Plan de Iguala*, suscrito por el Libertador Agustín de Iturbide en 1821, proclama como una de sus Tres Garantías, encarnada en el rojo de la bandera nacional, la de la *Unión*; esto es, la más completa igualdad de todos los mexicanos: españoles, criollos, indios, mestizos, negros, asiáticos y castas; todos eran iguales bajo el marco constitucional de la ley y “sin otra diferencia mas que el mérito, la virtud y el valor personal”.

<sup>16</sup> Este largo manifiesto, referido por Vasconcelos en su autobiografía, se extracta del excelente ensayo *Nacionalismo e indigenismo: la búsqueda de un pasado auténtico*, de Anthony D. Smith. [http://www.tau.ac.il/eial/I\\_2/smith.htm](http://www.tau.ac.il/eial/I_2/smith.htm).

tercer eslabón estético de la evolución humana, Vasconcelos puso las artes visuales al servicio de la revolución, alentando al sindicato de pintores e inaugurando el movimiento muralista a partir de los años veinte. El arte mural mexicano, que gozaba de larga historia mucho tiempo antes que la Conquista, se convirtió en el medio a través del cual se canalizó la historia e identidad de México, con todas sus vertientes y contrasentidos, así como las inquietudes respecto a la herencia comunal ancestral. Para los muralistas, las tradiciones precolombinas se convirtieron en el modelo para plasmar sus ideales socialistas de arte libre, así como una cátedra a los cuatro vientos. *La Declaración del Sindicato de Trabajadores Técnicos, Pintores y Escultores* de 1922 hizo patente esta tendencia, cuando de manera parcial e ideologizada pretendió rechazar la “larga dependencia del arte mexicano” con respecto a su herencia occidental (europea):

“El noble trabajo de nuestra raza... es nativo (e indio) en origen. Con su admirable y extraordinario talento para crear belleza, peculiar a él mismo, el arte del pueblo mexicano es la más sana expresión espiritual en el mundo, y esta tradición es nuestro mayor tesoro. Grandioso, porque pertenece exclusivamente al pueblo y es por esto que nuestro objetivo estético fundamental tiene que ser socializar la expresión artística y suprimir el individuo burgués<sup>16</sup>.

Sin embargo, es a partir de esta ocasión en donde Vasconcelos, todavía como ministro creador de instituciones (fundador de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Secretaría de Educación Pública), empieza a inferir los extravíos o el descarrilamiento en el que puede caer el indigenismo:

“El peligro de un indigenismo que no se propone consolidar la obra española dentro de la cual el indio se ha conquistado una patria, sino destruir...sin tradición propia que valga la pena, y (de que el país) se quede otra vez a merced de ideologías nuevas y extrañas que son el antecedente de una nueva y más peligrosa conquista”<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> CÁRDENAS, J., 1982, 122.

No obstante lo anterior, Vasconcelos pondera esta búsqueda de originalidad por parte del gremio artista, siendo esta misma originalidad la que muy pronto, gracias al incentivo de la dádiva y los fondos gubernamentales, habría de estimular la imaginación de los muralistas mexicanos. En 1921, un Diego Rivera casi en la bancarrota, recientemente vuelto de Europa tras hacer un recorrido por las épocas de los antiguos frescos italianos, fue invitado generosamente por Vasconcelos, junto a un grupo de artistas y escritores, a conocer las pirámides de Chichén Itzá y Uxmal, en Yucatán. A partir de la iniciativa vigorosa del más grande ministro de Educación Pública que tuvo el país, se le ofrecieron los muros de la Escuela Nacional Preparatoria, del Palacio Nacional, de la Universidad Nacional Autónoma y los de otros muchos edificios públicos para representar, junto con otros, episodios de la vida y la historia, desde el México precolombino hasta la era revolucionaria. Es a partir de entonces que Rivera se dedicó a coleccionar un gran número de piezas prehispánicas, adquiriendo también muy particular gusto, al grado de ahondar tanto en lo arquitectónico, pictográfico como artístico con un verdadero fervor por todo lo relacionado con el pasado precortesiano. Este contacto con la vida indígena tendrá un profundo efecto no solamente en su estilo artístico, sino también en su visión reducida de México, al igual que en el ensanchamiento de su bolsillo. “Desgraciadamente -se lamentaría Vasconcelos años más tarde- la ambición de Diego Rivera le hace olvidarse de sus antepasados y recibe los denarios que el procónsul Morrow le paga por pintar murales denigrantes a la Conquista en el Palacio de Cortés en Cuernavaca”<sup>18</sup>.

Y esta disposición por parte del pintor, a su vez, se alineaba perfectamente con la ideología oficialista del régimen calle-obregonista, el cual procuraba elevar a nivel de primigenia o superior toda herencia precolombina respecto a la contribución hispánico-católica, en vísperas de la persecución religiosa que detonará el estallido de la Guerra Cristera: dentro del discurso victimista-redentorista se apelaba nuevamente a la “leyenda negra” y la supuesta barbarie española, lo mismo en la tinta que desde esa cátedra autoritaria e impositiva en

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, 116.

que el Estado convirtió desde entonces a la pintura mural. Y fue así como un nuevo mito etnólatra y “nacionalista” se empezó a fraguar, gracias a muralistas como el mismo Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, entre otros. De este modo, el gobierno implementó un vigoroso realce del pasado en sus aspectos más recurrentes, en sus lugares más comunes y sin atender ninguna de sus demandas sociales o, por decirlo así, solo en su folclore.

Sin embargo, no todos los artistas sucumbieron al canto de la sirena oficialista ni a la dádiva del gobierno, como fue el caso de José Clemente Orozco, uno de esta pléyade de muralistas mexicanos, quien desde el escepticismo denuncia con sarcasmo el indigenismo como política de Estado en México, haciendo su tesis extensiva al resto de América Latina:

La Conquista no debió haber sido como fue. En lugar de capitanes crueles y ambiciosos, España debió mandar una delegación numerosa de etnólogos, antropólogos, arqueólogos, ingenieros civiles, cirujanos, dentistas, veterinarios, médicos, maestros rurales, agrónomos, enfermeras de la Cruz Roja, filósofos, filólogos, biólogos, críticos de arte, pintores murales y eruditos en Historia. Al llegar a Veracruz, desembarcar de las carabelas carros alegóricos enflorados y en uno de ellos Hernán Cortes y sus capitanes, llevando sendas canastillas de azucenas y gran cantidad de flores, confetis y serpentinas para el camino de Tlaxcala. Y después de rendir pleito homenaje al poderoso Moctezuma, establecer laboratorios de bacteriología, neurología, rayos X, luz ultravioleta, un departamento de asistencia pública, universidades, kindergardens, bibliotecas y bancos refaccionarios... Poner a Alvarado, a Ordaz, a Sandoval y demás varones fuertes de gendarmes, a cuidar las ruinas... Aprender ellos mismos los 782 idiomas diferentes que se hablaban. Respetar la religión indígena... Impulsar los sacrificios humanos, con departamento de engorde y maquinaria moderna para refrigerar y enlatar y sugerirle, muy respetuosamente, al gran Moctezuma que estableciera la democracia en el pueblo, pero conservando los privilegios de la aristocracia<sup>19</sup>.

Horrorizaba a Vasconcelos la repetición de lo peor del pasado político mexicano, así como la reimplantación del indigenismo neoazteca en pleno siglo XX por parte de los regímenes seudorrevolucionarios al asociarlo, no sin justicia,

---

<sup>19</sup> OROZCO, J., 1942, 137.

con la desmemoria histórica, por una parte, y, por la otra, con un nuevo intervencionismo tanto o más oprobioso: tras la firma de los entreguistas y antipatrióticos *Tratados de Bucareli* en 1924, el embajador norteamericano Dwight Morrow se erigió como el verdadero cerebro y director de la política y la cultura mexicana hasta la segunda mitad de los años treinta. Su influencia la hizo sentir a través de su valido Plutarco Elías Calles, el autoproclamado “Jefe Máximo de la Revolución”, que durante más de una década gobernó de facto quitando y poniendo presidentes, cerrando o quemando templos y asesinando sacerdotes católicos. Por esta razón, Vasconcelos lo equiparaba con el primer embajador-agente intervencionista de Washington en el México independiente, criticando el indigenismo gobiernista por verlo como una adulteración y obstáculo a la integración nacional, mientras denunciaba la nefasta influencia cultural del imperialismo estadounidense a través del Instituto Smithsonian en el país.

Aun después de la partida del procónsul Morrow y la consecuente expulsión de Calles del territorio nacional en 1936, esta misma corriente (con un añadido toque marxista) seguirá imponiéndose gracias a la política del general Lázaro Cárdenas, bajo el falso apotegma nativista y demagógico de que en México “todos somos indios”. Cárdenas, un político hábil y taimado, continuó la misma tendencia arcaizante de su antecesor, aunque con cierta moderación en cuanto a la persecución religiosa. Sin embargo, la misma tendencia se verá reforzada aún más durante este período a través de la erección de un culto a su persona, implementado a través de las políticas públicas, del arte en general y tras la imposición de la enseñanza socialista como instrucción pública obligatoria. Respecto a la euforia indigenista desplegada como campaña por el régimen en esta época coyuntural (en vísperas de la Segunda Guerra Mundial), Powell ironizaba en el *Árbol de odio* al respecto:

La versión indigenista del desarrollo histórico latinoamericano alcanzó alturas de verdadero vértigo; nuestra prensa y líderes intelectuales cantaron las glorias de la reciente revolución mexicana y de sus torcidas versiones históricas, representadas en los famosos murales de Diego Rivera; y el *new deal* presidente de México, el “indio” Lázaro Cárdenas, recibió entusiastas encomios por su radical *Plan de Seis Años...*(Cárdenas) fue (proyectado como) el indio Cuauhtémoc arrojando los grillos de la esclavitud que Cortés le había impuesto; esto se hizo

tragar por medios propagandísticos al pueblo y niños mexicanos, y fue divulgado por escritores comunistas y otros entre la confiada y crédula gente yanqui<sup>20</sup>.

De aquí en adelante que cualquier búsqueda, particular o gubernista, por apelar al ensalzamiento excluyente que lleve al retorno de una historia y valores “nativos” puede ser interpretada como una reacción contra las fuerzas de cambio social y, más aún, como un verdadero montaje: como una reconstrucción caricaturesca de la etnohistoria por una parte de la intelectualidad y de otras esferas del poder, de acuerdo a sus intereses y necesidades, imponiéndose como credo hasta la fecha.

### Las Casas *cum* Marx



Desde el poder: El mito indigenista y la “historia de bronce” sostenidos por Cárdenas en vísperas de la Segunda Guerra. *Derecha*, “La batalla de los huesos”: la falsa tumba de Cuauhtémoc en Ixcateopan, en la actualidad.

Dentro de esta teología racial y etnólatra, finalmente implementada en el México desde el siglo XX, se representará de nueva cuenta la llegada de los españoles en América no como el encuentro de dos mundos, sino como un acontecimiento deliberadamente destructivo de un pasado indígena al que se considera

<sup>20</sup> POWELL, P., *op. cit.*, 204 y 205.

exageradamente como muy superior a todo cuanto pudo haber aportado la cultura occidental:

De forma menos brusca, este indigenismo se queja con frecuencia de la eterna injusticia de una conquista llevada a cabo por la cristiandad católica, personificada en los depravados españoles. Por ello en México hoy en día, los jefes aztecas son los verdaderos héroes nacionales, mientras Cortés es el clásico villano. Las contorsiones muralistas de Diego Rivera—Las Casas *cum* Karl Marx—son apenas unas de las más conocidas manifestaciones de ello; se producen constantemente en el sistema educacional y en la conciencia nacionalista, excepción hecha de ciertos líderes intelectuales, cuya integridad de eruditos rechaza tales deformaciones<sup>21</sup>.

Una muestra ejemplar del tamaño del ridículo de esta versión maniquea de la historia se puso en evidencia durante la llamada “Batalla de los huesos” en México<sup>22</sup>. Lesley Bird Simpson, en su obra *Many Mexicos*, registra esta escena dual de bochorno nacional y vergüenza internacional en donde se manifiesta el indigenismo mexicano como ideología de gobierno sacralizada cual dogma de la “historia oficial”, con carácter irrevocable hasta la fecha. En 1946, Fernando Baeza redescubre los huesos de Hernán Cortés. Los restos del caudillo y padre del nacionalismo mexicano (mestizo) habían sido ocultados en uno de los muros del Hospital de Jesús, donde originalmente reposaban, nada menos que por el intelectual Lucas Alamán, para preservarlos de una profanación hispanofóbica, tras la disolución del Primer Imperio Mexicano y la imposición del sistema republicano federal en 1824.

Tras anunciarse este redescubrimiento, el gobiernista y socialista líder obrero Vicente Lombardo Toledano emitió una declaración en el sentido de que el sitio que les correspondía a los restos de Hernán Cortés no era otro sino junto a los restos del Generalísimo Francisco Franco. Esta reacción violenta generó, a su vez, una declaración por parte del obispo Maximino Ruiz y Flores, en el sentido de que

---

<sup>21</sup> *Ibíd.*, 151-152.

<sup>22</sup> Los restos del conquistador Hernán Cortés fueron redescubiertos en 1946, y esto puso en marcha un decidido esfuerzo por localizar los despojos del último jefe azteca de la resistencia, Cuauhtémoc. Estos tenían que ser hallados: naturalmente esto se logró, por algunos de los más acérrimos detractores de Cortés, y el hallazgo fue demostrado como fraudulento.

el sitio más apto para resguardar dichos restos o reliquias no podía ser otro que un lugar sagrado; esto es, un templo católico.

La contrarréplica por parte del oficialismo tampoco se hizo esperar en esta ocasión: el gobierno envió a Europa a la Dra. Eulalia Guzmán, una entusiasta y visceral anticortesiana del Instituto Nacional de Antropología e Historia quien, después de hurgar supuestamente en varias fuentes archivísticas, regresó con un retrato o descripción poco convincente de Cortés, en donde le refiere como un hombre de muy baja estatura, de piernas arqueadas, sin mentón y otros tantos atributos repulsivos que difícilmente hubieran pasado inadvertidos para sus contemporáneos.

Una vez que el supuesto descubrimiento no generó el efecto proporcional que ella esperaba, la Dra. Guzmán manifestó, en medio de grandes pompas de publicidad mediática, el haber descubierto los restos de Cuauhtémoc. Estos los había encontrado ocultos bajo una iglesia en Ixcateopan, Guerrero, y habían sido depositados leal y secretamente por los fieles dolientes adictos al último cacique azteca, a través de mil kilómetros de regiones selváticas desde Villahermosa. Una placa de bronce identificaba la tumba con sus huesos, además de un manuscrito firmado por el religioso Toribio de Motolinía que daba fe del mismo, hecho que en teoría apuntalaba la autenticidad del hallazgo.

La emoción del hallazgo fue tan enorme que el Instituto Nacional de Antropología envió una comisión de connotados científicos para asistir a la Dra. Guzmán en cuanto a la autenticación de su descubrimiento. Sin embargo, el cuerpo de reputados arqueólogos, historiadores y antropólogos emitió un fallo negativo tras realizar sus investigaciones: señalaron absurdos e inconsistencias en la supuesta documentación, demostraron que la placa de bronce era una burda falsificación contemporánea y que los supuestos restos eran piezas sueltas de varios esqueletos pertenecientes a un perro, dos niños, y un cráneo de mujer adulta; además de subrayar el hecho de que la iglesia de Ixcateopan no había sido construida sino hasta 1565, esto es, cuarenta años después de la muerte del cacique indio. Por si esto fuera poco, cabía resaltar que los aztecas tenían la costumbre mortuoria de incinerar los restos de su nobleza, y no enterrarlos en urnas metálicas, hecho que correspondería en dado caso a una costumbre occidental-europea o mestiza muy posterior.

No obstante lo anterior, como señalara Simpson, esto poco importaba para el régimen:

“Los restos de Cuauhtémoc tenían que haber sido descubiertos, y cualquiera que se atreviera a dudar de la autenticidad era un *traidor*. Y ese cínico irreprochable, Diego Rivera, comprometido con la escuela anti-Cortés desde tiempo atrás, dijo que sin importar la evidencia, esos huesos debían de ser los del héroe, y que era un deber patriótico de todos los buenos mexicanos el creer que esos eran. El Partido de la Revolución decretó una “semana de Cuauhtémoc”, y una enorme demostración fue desplegada frente a su monumento en el Paseo de la Reforma, en la Ciudad de México. Comprensiblemente sacudidos por la furia de la protesta, el gobierno mexicano desechó a la primera Comisión y convocó a una nueva, donde se escogieron a los más prestigiados académicos y científicos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Durante dos años analizaron las evidencias con mucha mayor precisión y llegaron substancialmente a las mismas conclusiones que sus predecesores. Esto resultaba muy peligroso. La Comisión se reunió en secreto, pero muchas de sus deliberaciones fueron conocidas y filtradas, al grado de generar imprecaciones amargas y amenazas de violencia, por lo cual prudentemente la Comisión difirió la publicación de sus resultados por once años, y aún entonces tuvo que publicar su reporte de manera privada. *Y fue así como otro mito más fue manufacturado para el arsenal ideológico de la Revolución. Cuauhtémoc, que sin duda fue un hombre fuerte, era amargamente odiado por la mayoría de los mexicanos como el líder de los odiosos aztecas, ahora se había convertido en el símbolo de la resistencia democrática contra el opresor, y un par de guardias malencarados con rifles cargados guardan su tumba contra cualquier profanación*”<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> BIRD, L., 1962, 21 y 24.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, 24.

Este caso, para reconocimiento de los antropólogos e investigadores por su compromiso con la verdad histórica, merece todavía entrar aún un poco más en detalle, por la enseñanza que conlleva. El riesgo que esto supuso para su tranquilidad y sus vidas queda expuesto en el expediente titulado *Los hallazgos de Ichcateopan: Actas y dictámenes de la comisión*, publicados en 1962: “Cuando nuestro reporte fue hecho público, la hostilidad de ciertos periodistas se convirtió en vociferante. Nos describían como una banda de traidores, y en varios diarios llegaron hasta el extremo de exigir que se nos fusilara como tales”<sup>24</sup>.

Sin dudarlo siquiera, y muy de acuerdo con la autora, los miembros integrantes de ambas comisiones merecen un digno reconocimiento por el solo hecho de haber arriesgado su seguridad y sus vidas, por no haber secundado este fraude, al haber expuesto esta farsa de patriotismo e “historia oficial” por parte del gobierno. Como miembros de la primera comisión se encontraban el célebre Silvio Zavala, seguido por Eusebio Dávalos Hurtado, Javier Romero, Carlos Margáin, Alfredo Bishop, Luís Limón, Alfonso Ortega Martínez, el teniente coronel Luis Tercero Urrutia y el mayor Roberto Tapia del Ejército mexicano. La segunda comisión estuvo presidida por Arturo Arnaíz y Freg, seguido del entrañable etnólogo Manuel Gamio, Rafael Illescas Frisbie, José Joaquín Izquierdo, Wigberto Jiménez Moreno, Alfonso Caso, Julio Jiménez Rueda, Pablo Martínez del Río y Manuel Toussaint.

## Conclusiones

El rechazo antinatural a la tradición y la herencia española llevó a una absurda glorificación de un supuesto pasado azteca en común por parte de las clases dominantes tras la Revolución Mexicana, reafirmando los peores vicios del centralismo que caracterizara a los regímenes antecesores y transgrediendo el carácter federalista de la Constitución de 1917 hasta la fecha. Sin embargo, aun pese a la tendencia generalizada desde el poder, no han faltado intelectuales y críticos que abiertamente han manifestado su inconformidad ante la impostura.

---

En 1950, Octavio Paz publicaba en *El laberinto de la soledad* sobre la evidente continuidad del cacicazgo azteca (que encarnaba la figura del *Tlatoani*) en el presidencialismo mexicano. Por esa misma razón, sostuvo él que la Independencia Mexicana, realizada en 1821, había sido una obra inconclusa, en vista de que una vez derrocado el sistema virreinal español todavía seguía pendiente la emancipación respecto al yugo de los aztecas, cuya presencia no era más que una usurpación. Y esta postura crítica de Paz, como nos recuerda Brian Hamnett, se contrapone a las bases del llamado “nacionalismo mexicano”, que sostiene que la república actual no es sino una continuación del Imperio azteca<sup>25</sup>.

No obstante el carácter sectario o politizado que en México se le ha dado, como elemento homogeneizante y legitimador de los regímenes posrevolucionarios desde la primera mitad del siglo XX, es innegable que el indigenismo, en un sentido amplio y dentro de su vertiente propositiva, pretende abarcar varios siglos de historia, contribuyendo a la consolidación del pensamiento hispanoamericano tanto en su vertiente cultural como política.

Sin embargo, su versión politizada, ondeante entre el fascismo y el marxismo, llevó a cierto entendimiento de fondo para muchos, donde no pasa desapercibido dicho movimiento en sí como una invención del no indígena, tal y como se da a entender en los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*:

La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá en su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla<sup>26</sup>.

Hoy por hoy, en México, al igual que en el resto de América Latina, los indígenas han quedado suscritos entre las páginas áureas del folclore y el discurso político del día, pero proscritos aún de la sociedad. Han sido, son y siguen siendo los olvidados entre los olvidados en esta parte del hemisferio occidental. Las comunidades indígenas se ostentan como aquellas que registran el más alto nivel de analfabetismo, carencia de servicios básicos y pobreza extrema, aun en aquellos

---

<sup>25</sup> HAMNETT, B. R., 2004, 56.

<sup>26</sup> MARIÁTEGUI, J., 1993, 52.

lugares donde estos constituyen una mayoría significativa, como Guatemala o Bolivia, así como en aquellos otros países donde, no obstante ser considerados una primera minoría a la que desde el oficialismo se sigue aludiendo como “única o primera raíz de identidad nacional” (como en México, Chile, Perú o el Ecuador), se les mantiene en la más completa marginación social y lejos de las políticas de Estado. En un momento dado, la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, acaudillados por la figura del llamado “Subcomandante Marcos”, pareció poner en la palestra pública y en el orden del día la idea de que al fin había llegado la hora de la reivindicación para los indígenas, así como la resolución de sus más fundamentales demandas de justicia social. Sin embargo, el tiempo terminó por descubrir la realidad en torno a la precariedad subsistente y mantenida deliberadamente como *statu quo* por parte de los “redentores zapatistas” dentro de sus propias comunidades de influencia. Rafael Sebastián Guillén, al igual que los indigenistas Mier y Bustamante, es un hombre con marcada sangre española; y su uso del estandarte de la reivindicación indígena queda suscrito solamente al ámbito de la ideología, así como al de la canalización del provecho de poder personal y de grupo.

Correspondería en el ámbito internacional reciente a la persona de Evo Morales, con todas sus contradicciones y desatinos, la toma de la estafeta indigenista como el nuevo adalid de esta vertiente ideológica en pleno siglo XXI; justo cuando América Latina aún no resuelve qué hacer respecto a la cuestión indígena en concreto. Mientras tanto, en México, el discurso oficialista, que abreva todavía en los mitos y mentiras de la rancia “historia de bronce”, se proclama orgulloso exclusivamente de su pasado indígena, en tanto exalta aún la figura controversial del zapoteca Benito Juárez como uno de sus “héroes” dentro de la más laberíntica paradoja: el país se sigue gloriando de sus indígenas muertos, pero se olvida de los vivos.

## Lista de Referencias

AYALA Angiano, Armando. *Historia esencial de México*, Tomo 3, La Independencia y la era de Santa Anna. México: Editorial Contenido S.A. de C.V. 2003.

BECEIRO García, Juan Luis. *La mentira histórica desvelada: ¿Genocidio en América? Ensayo sobre la acción de España en el Nuevo Mundo*. Madrid: Editorial Ejearte. 1998.

BIRD Simpson, Lesley. *Many Mexicos*. University of California Press. 1962.

BRADING, David. A. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Sepsetentas. 1973.

CÁRDENAS Noriega, Joaquín. *José Vasconcelos 1882-1982: educador, político y profeta*. México: Editorial Océano. 1982.

CARVAJAL, Álvaro. “Manchan con pintura roja una estatua de Hernán Cortés por ser un ‘insulto a México’”. *El Mundo/ EFE*, Madrid, jueves 12 de agosto de 2010.

FRANCOVICH, Guillermo. *El pensamiento boliviano en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica. 1956.

HAMNETT, Brian R. *A Concise History of Mexico*. Reino Unido: Cambridge University Press. 2004.

MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Editorial Era. 1993.

MIER y Noriega, fray Servando Teresa. *Memoria político-instructiva, enviada desde Filadelfia, en Agosto de 1821, a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, Filadelfia: Juan F. Hurtel, 1821. México: Imprenta de Mariano Ontiveros. 1822.

MIER y Noriega, fray Servando Teresa. *Dstrucción de las Indias occidentales de Bartolomé de las Casas. Discurso preliminar por el doctor don Servando Teresa de Mier*. México. 1822.

O' GORMAN, Edmundo. *México: el trauma de su historia*. Editorial Conaculta / Cien de México. 2002.

OROZCO, José Clemente. *Forma e idea*. México: Editorial Porrúa. 1942.

POWELL, Philip W. *Árbol de odio. La leyenda negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico*. Madrid: Ediciones Iris de Paz. 1991.

VASCONCELOS, José. *Breve historia de México*. México: Primera Editorial Continental. 1956.

VILLORO, Luis. *El proceso ideológico de la Independencia de México*. México: Editorial Sepsetentas. 1977.

VOLPI, Jorge. *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el siglo XXI*. México: Editorial Debate. 2009.